

1- DORIS Y EL HUNDIMIENTO DEL ASCENSOR ESPACIAL

Todos los meses de septiembre, cuando llegaban las tormentas secas y el aire cargado de polvo tomaba el color de un enfermo de ictericia, su complejo esqueleto de espuma cerámica le causaba molestos pinchazos. Nadie comprendía muy bien cómo Mary Trini Merton, siendo tan joven, había necesitado todas esas prótesis, pero aquel era un asunto que no parecía preocuparle. Sus ojos brillaban con el sentimiento de un fondo de pantalla y aún sonreía cuando recordaba la mañana en que le trajeron a Doris y la cargaron en los equipos del Instituto Tecnológico de California. Todavía le parecía escuchar su entonación cantarina y el acento de Culiacán al presentarse a sí misma como un simulador digital de la serie Chupacabras.

Desde entonces el tiempo había transcurrido con rapidez. En cierto modo habían crecido y envejecido juntas, al ritmo de los cambios introducidos que conseguían hacer de aquel programa el procesador más inteligente del que se tuviera noticia en el mundo. Mary Trini había llegado a sentir por Doris una inexplicable mezcla de orgullo, admiración y empatía. Tenía la sensación de que compartía con ella más cosas que con sus colaboradores, esas batas blancas repletas de conocimiento con las que había cooperado durante años y que ahora no podían apartar la vista de las imágenes que surgían de las tripas de aquel ordenador.

No es que fuesen desconsiderados con las explicaciones de la doctora Merton, es que no podían creer lo que veían porque tan sólo unas horas antes nadie hubiera podido imaginar el desastre que se avecinaba. Los malos pronósticos estaban empezando a brotar en las inestables estepas de las simulaciones matemáticas como verrugas, como tumores, como profecías exquisitamente presentadas.

Demasiadas reuniones de urgencia en Washington como para seguir ocultando que algo muy grave estaba sucediendo. Demasiados generales, demasiados directivos de la US Space Elevator y demasiados representantes de las agencias de la ONU desfilando por la Casa Blanca. Demasiado brillo en la dentadura del presidente WC Liar, demasiada laca en el cabello cardado de la primera dama como para creer que, en efecto, todo eran rumores sin fundamento.

Mary Trini imaginaba qué estaría sucediendo en la trastienda de todo aquello. Sin duda los asesores presidenciales debían suponer que el electorado americano era tonto en un grado mayor de lo que realmente era. Debían pensar que aún podían ocultar los hechos y maquillar la realidad con comunicados y evasivas. Quizá la opinión pública seguiría

creyendo más en las palabras de falsos corresponsales que en lo que vieran sus propios ojos. Tal vez los servicios secretos podrían seguir callando la boca con dinero y amenazas a los tripulantes de algunas estaciones espaciales y a los viajeros que llevaban semanas observando inquietantes señales de alarma.

Para cuando todo se precipitara y los hechos no pudieran ser ocultados por más tiempo, quizá estaría preparada una versión suavizada pero consistente. A lo mejor podría echarse mano de un enemigo exterior al que culpar. Incluso podría servir de pretexto para una buena invasión, como en los viejos tiempos.

«No hay problema», debían pensar los responsables gubernamentales y los *lobbies*, «podemos llegar en buena forma a las próximas elecciones»

Pero allá arriba, en la oscuridad de las órbitas que envuelven a la Tierra, las cosas se veían de un modo muy diferente. Pequeños accidentes, pequeñas averías habían entrado en resonancia y todo parecía desembocar en una catástrofe histórica. Lo que había sido anunciado como el mayor logro del ingenio humano se estaba desmoronando limpiamente, como un castillo de arena seca. La estructura orbital que se había dado en llamar Ascensor Espacial, había comenzado inexorablemente su caída hacia la Tierra.

Todos los operarios que aún seguían con vida se resistían a montar en los botes salvavidas y peleaban en un combate contrarreloj y perdido de antemano. Desde los astropuertos todos los transbordadores disponibles eran lanzados con equipos y personal. Aquellas estelas de agua, aquellos vehículos ascendiendo hasta las plantas superiores e intermedias, no dejaban de resultar patéticos. En cierto modo recordaban las catástrofes naturales de tiempos pasados, cuando los hombres intentaban detener inundaciones con sacos terreros.

Habían sido décadas de trabajo duro. El Ascensor había ido creciendo desde las alturas de la órbita geoestacionaria hacia la superficie del planeta. Una extraordinaria estación espacial de más de dos mil millones de metros cúbicos situada a treinta y seis mil kilómetros de altura había sido el primer paso. Desde allí se colgaron hileras de mástiles, satélites de estabilización y depósitos de combustible, proyectándose hacia el suelo en un viaje de miles de kilómetros. Fue creándose así una superestructura tubular, una pirámide invertida y estirada hasta el agotamiento que alojaba en cada nivel infinidad de departamentos estancos listos para ser alquilados o comprados por instituciones, empresas y gobiernos. «*Compre un pedazo de cielo*» decía la propaganda. A medida que el crecimiento de las columnas avanzaba y el diámetro del Ascensor adelgazaba, las plantas superiores comenzaron a poblarse de

subcontratas que habilitaban hoteles y residencias de lujo. Las principales fortunas del planeta no podían perder la oportunidad de disponer de su vivienda de recreo en el espacio. Unas vistas inmejorables y un aire más limpio que en cualquier parte de la superficie. Cuando el Ascensor estuviese acabado, la subida en dirección a las órbitas lejanas sería infinitamente más barata que con el sistema de transbordadores, y también menos contaminante. Motivo este por el que las subvenciones comenzaron a llover desde la ONU.

Para cuando el gran momento de la finalización de las obras se acercase, la demanda de un establecimiento en los pisos superiores del Ascensor se habría inflado lo suficiente como para que los precios se dispararan en una espiral de especulación. Grandes posibilidades de negocio. La US Space Elevator no había tenido ningún problema en autofinanciarse vendiendo sueños de dinero fácil a los especuladores inmobiliarios. Sólo había hecho falta crear una masa crítica de compradores mediante sociedades ficticias que pertenecían, naturalmente, a la propia compañía constructora. Habría, desde luego, plantas reservadas por entero al ejército y a los gobiernos, para que jugaran a sus investigaciones espaciales, médicas o climáticas. Y alguna que otra reservada para sobornos de altos vuelos. Nada que no pudiera pagarse con los beneficios que estaba generando la mayor construcción levantada jamás por la mano del hombre.

El vértice inferior de la estructura se situó a diez mil kilómetros de altura. A partir de ahí sólo colgarían cables destinados a sostener los vehículos montacargas y los contrapesos. El montaje iba aligerándose más y más, hasta que en la estratosfera sólo pendía un enrejado hueco de nanotubos de carbono. Evidentemente, los elevadores no iban a partir de la superficie terrestre. La carga de pasajeros y mercancías se realizaría por encima de las nubes, a unos doce mil metros; y de allí al suelo el transporte sería resuelto con aerodeslizadores y dirigibles. Pero se quiso dar un aire solemne a la consumación de la obra y, después de buscar el lugar de los Estados Unidos con menor tráfico aéreo para evitar posibles accidentes y colisiones con aviones, se largó un nanotubo justo hasta el suelo de forma que pudiera ser filmado y las autoridades pudieran ofrecer sus discursos. La masa principal de la pirámide flotaba orgullosamente a casi cuarenta mil kilómetros en órbita geoestacionaria, pero los estratos inferiores presentaban su tendencia natural a acelerar, de modo que toda la estructura estaba girada en dirección Oeste. Desde tierra, el Ascensor podía ser visto simplemente como un hilillo de estrellas fijas inclinado hacia el poniente.

Así, medio siglo después del inicio de las obras, el Ascensor iba a ser formalmente inaugurado por las autoridades del país, la ONU y la flor y

nata de las agencias espaciales y de defensa. Pero algo crujió. Algo no previsto cedió y la construcción se puso en movimiento poco antes de la ceremonia. Fueron pocos los que tuvieron la fortuna de ver cómo un hilo que no colgaba de ningún lado se desplazaba con lentitud hacia el Norte. Un día después, el huso era un tubo del grosor de un puño que marcaba un surco en las arenas secas a velocidades inquietantes.

El Ascensor, el techo del Ascensor, se hundía sin remedio. Había abandonado su posición y se proyectaba hacia órbitas más bajas. Las plantas habitables estaban unidas a un mástil de decenas de miles de kilómetros que se inclinaba y tiraba con fuerza del conjunto mientras veía aumentar su velocidad. El surco que dejaba la estructura en su avance a ras de suelo era ya de proporciones catastróficas y estaba acompañado por explosiones que aumentaban de magnitud. Los motores de emergencia resultaban inoperantes ante la mole y su aceleración. Mamparos de varios metros de diámetro estaban lloviendo a velocidades sónicas. Una granizada de meteoros artificiales alumbraba las noches americanas.

Los técnicos de la constructora y los militares se devanaban los sesos intentando ya solamente que el edificio principal cambiara su trayectoria y cayese al mar para evitar un conflicto internacional. Para entonces varias ciudades habían debido ser evacuadas y la *lluvia* se estaba desplazando hacia Washington D.C. Las plantas inferiores empezaban a fragmentarse y a soltar chatarra. Vigas, mástiles y contenedores se desprendían y se estrellaban contra la atmósfera. El bombardeo cósmico duraría varios años. Luego todo se precipitaba y las plantas intermedias se incendiaban y rompían en pedazos. Las órbitas se llenaban de escombros, entorpeciendo la marcha de otros satélites. Las comunicaciones se veían seriamente dificultadas. Varios de los reactores nucleares que no habían podido ser desmontados se fundían durante su reentrada en la atmósfera, desparramando su combustible y contaminando el cielo. Pero lo peor estaba por llegar. El núcleo del Ascensor, el techo de su médula espinal no se rompía y la sola amenaza de su impacto contra el planeta sugería la idea de Apocalipsis.

Mary Trini giró levemente los ojos para contemplar las detonaciones reflejadas en las caras de sus compañeros. Los tres estaban tan absortos mirando lo que salía de la pantalla que se habían entregado al rito milenarista de la autoexploración nasal en la seguridad ficticia de que no estaban siendo observados.

—Creo que será suficiente —interrumpió por fin uno de ellos. Los demás asintieron rascándose la frente, soplando o haciendo diferentes gestos de intranquilidad y angustia, mientras en las pantallas continuaban las explosiones y las desgracias. Cerraron el programa. Las luces se

encendieron con suavidad. Aquella era sólo una reunión informal del improvisado Departamento de Prospectiva y Simulaciones Complejas, pero la pesadumbre presagiaba que tarde o temprano tendrían que presentar los resultados del sondeo al Consejo de Administración. Unos malos resultados. El Ascensor iba a fallar y probablemente se caería antes de estar acabado. Las obras estaban en marcha pero revoloteaban pájaros de mal agüero sobre la mayor obra de ingeniería espacial de la historia de la humanidad.

—Imagino que la simulación no ha salido de este edificio... ¿no? —preguntó desolado el doctor Otto Guevara, supervisor general del proyecto.

—Desde luego —respondió Mary Trini —, pero antes o después habrá que ponerlo en conocimiento de los peces gordos. —No era ninguna figura simbólica sino la pura verdad. Se rumoreaba que algunos miembros del Consejo de Administración habían contraído la epidemia y estaban cayendo en obesidad límite.

—¿Hay algo más?

—No gran cosa —contestó uno de los programadores más jóvenes. Un asiático de pelo lacio y córneas artificiales llamado Tsumura—. Según sus cálculos existen tres candidatos a responsables directos del desastre. En este momento Doris está comparando sus perfiles con las bases de datos del padrón. Es una tarea muy lenta. Hasta ahora sólo ha identificado a uno, y aquí llegamos a lo que más me preocupa —pau—sa—. El resultado de la identificación es erróneo.

—Bueno —se encogió de hombros Guevara —, eso no debe preocuparnos. Después de todo, los datos del padrón que hemos suministrado a Doris sólo representan a la tercera parte de la humanidad. Es de suponer que los perfiles que ha obtenido sean los correctos, pero los sospechosos reales estén fuera de nuestras bases de datos. Doris elegirá simplemente a los individuos con las características que más se aproximen, como hace siempre. Lo importante es que el Ascensor acaba en fracaso.

—Perdone que insista, doctor Guevara —volvió a la carga Tsumura. Se decía que los nacidos en las ciudades flotantes del Pacífico Norte estaban dotados de un enorme tesón —. No se trata de que el candidato no figure en nuestras bases de datos, es que ha elegido a un sujeto que fue borrado del padrón. Su candidato a responsable está muerto. Es inverosímil. Se trata de un oficial de la ONU que murió hace años en una misión. Sólo es una prospección, desde luego, pero la ha hecho Doris —el muchacho japonés hizo hincapié en el nombre del software—. Sabe lo que quiero decir. Dígame si alguna vez ha fallado.

—¡Demonios, chicos! ¿Qué hemos hecho mal? —preguntó Guevara arrugando su frente pelada—. ¿Es que ya no podemos fiarnos de lo que apunta ese programa?

—Esto significa que...

—Esto significa que todo es una mierda —interrumpió Ramachandra, quizá la mayor autoridad en neuroingeniería de toda la Costa Oeste—. Una cagada como la copa de un pino.

—Lo que quiero decir es que creo que estamos ante algo importante —prosiguió Tsumura—. Es sólo una simulación, pero es la mejor simulación que se ha programado nunca. Por desgracia el resultado es incuestionable. El Ascensor no es estable, se va a desplomar antes de estar terminado. Lo más prudente sería detener su construcción. Respecto a Doris... ese fallo —suspiró—. Creo que Doris está haciendo historia. ¿Habéis oído hablar de Kurt Gödel?

—Gödel, Gödel, Gödel —contestó Ramachandra agitando las manos y los mofletes. Algún richuello llegó a salir despedido—. Cuando algo no funciona siempre invocáis a Gödel.

—¿Qué sugieres muchacho? No sé nada sobre inteligencia artificial —intervino Guevara.

—Sé que suena descabellado porque no existen precedentes, pero creo que Doris ha generado la primera proposición de Gödel de la que se tiene noticia. Verá, Doris analiza datos y los proyecta al futuro. Su trabajo consiste en construir futuros probables —Tsumura hizo una pausa y apuró un vaso de agua—. El teorema de Gödel establece que un sistema aritmético, si es completo, tiene contradicciones internas; y si es internamente consistente, entonces es incompleto. Traducido a un programa informático viene a decir que si un sistema de cálculo puede demostrar todas las aseveraciones verdaderas, entonces también demostrará algunas aseveraciones falsas. Pero si se le prohíbe demostrar las aseveraciones falsas, entonces no podrá demostrar todas las aseveraciones verdaderas. Nosotros hemos prohibido a Doris que demuestre previsiones falsas, lo que nos lleva a una conclusión interesante. Para un sistema informático, siempre debe existir al menos una proposición que no podrá ser demostrada. Podría ser demostrada si se cambia de sistema axiomático, pero entonces inexorablemente aparecería otra proposición de Gödel sin demostración. Los que negaban que pudiera desarrollarse verdadera inteligencia artificial, han usado siempre este principio a su antojo; pero hasta ahora, las pruebas apuntaban lo contrario. Jamás había aparecido por ahí ninguna proposición de Gödel de modo que pensábamos que la inteligencia artificial sería posible después de todo, o que al menos el límite de Gödel estaba muy lejano aún.

—En resumen —interrumpió Otto Guevara—, quieres decir que Doris ha llegado a una conclusión certera, pero no puede ni podrá verificar cómo lo ha hecho.

—Eso es.

—Y que por tanto puede que no nos revele qué es lo que ha fallado en el Ascensor ni qué hay que modificar.

—Correcto.

—Mierda. Entonces... ¿para qué servimos?

—Puede haber otra explicación —intervino Ramachandra enojado—. Quizá el sistema haya generado una predicción falsa, en cuyo caso es un simulador falible. Esto no indicaría un límite de perfección sino un simple error. ¡Doris es un Chupacabras, hombre! Estas cosas pasan.

Se oyó una nueva batería de suspiros. Tsumura negaba con la cabeza. Los de la clase Chupacabras, eran programas intuitivos que habían sido diseñados para crecer según patrones de la biología evolutiva. Absorbían los algoritmos de otros programas e intentaban solucionar problemas transitando por dos caminos a la vez, el de su programación original y el incorporado; hasta que alguno daba con la solución. Entonces, el competidor triunfante imponía sus métodos al sistema bajo el principio de selección natural, de manera que el programa iba creciendo en complejidad y precisión sin intervención humana. También se les permitía el autocopiado con errores para simular mutaciones en su funcionamiento. No era frecuente, pero algunos Chupacabras mutantes habían alcanzado niveles de efectividad que sus creadores no hubieran nunca imaginado.

Mary Trini proseguía de pie contemplando las pantallas. Puntos de radiación de fondo en modelos aleatorios que anunciaban la entrada del sistema en un sueño profundo. Los últimos electrones estrellándose en la lámina de silicatos transparentes. Aquella conversación era ridícula. Típica de un hatajo de listillos de instituto de investigación sofisticado en el que los informáticos juegan a ser neurólogos y los neurólogos juegan a ser informáticos. Estaba molesta porque, a fin de cuentas, Doris era una creación suya. Los demás eran casi unos recién llegados.

—Puede haber una tercera explicación —irrupió Mary Trini en la conversación. Algunas vértebras se le habían dilatado con la subida de la temperatura experimentada en San Bernardino. Desde que un fortísimo terremoto arrasara Pasadena y la subida del nivel del mar inundara San Francisco, Los Ángeles y otras ciudades costeras, los centros de investigación dependientes del Instituto Tecnológico de California (el mítico *Cal Tech*) se habían trasladado al interior del Estado.

—El teorema de Gödel —continuó— dice que un programa completamente infalible no puede ser completamente inteligente, pero no dice nada sobre cuánta inteligencia puede desarrollar un programa infalible.

—Y ¿qué quieres decir con eso? —sonrió Tsumura.

—Que está mintiendo —dijo por fin.

—¿Qué? —se inclinó Guevara hacia ella.

—Está mintiendo. Doris nos está engañando.

—Querida doctora Merton ¿quiere explicarnos qué quiere decir? —Guevara hacía esfuerzos por no perder la compostura. Ramachandra ponía cara de decir «hay que reconocer que tiene gracia»—. Estamos hablando de una simulación, de un conjunto de operaciones.

—Ya sé que es una simulación. Pero yo digo que miente. El Ascensor no está mal diseñado. No hasta ese punto.

—¿Por qué dices eso?

—Otto, ya sabes que viajo a las órbitas de vez en cuando. El Ascensor es una obra sólida y no va a caerse, créeme.

—Eso no es más que una percepción subjetiva. ¿Dispones de alguna prueba, doctora? —preguntó Tsumura. Sus ojos adquirieron un tono de coral rojo.

—No. Es un presentimiento. No puedo explicarlo. ¿Es que yo no puedo tener un límite de Gödel?

—No es momento para juegos, Mary Trini. Los peces gordos nos van a cortar los huevos —los dientes de Otto Guevara rechinaban cercanos a la generación de armónicos. La US Space Elevator era un buen cliente. Al *Cal Tech* no le convenía perder aquel contrato—. No nos vengas ahora con alguna de tus paradojas.

—No estoy jugando, Otto. Hay tres posibilidades y todas tienen sus consecuencias. ¿Cuáles son más preocupantes? Si Doris no miente, el Ascensor se cae y estamos jodidos. Si Doris está fallando, entonces no valemos un cuerno y no encontraremos trabajo como programadores ni en una fábrica de neveras. Pero si yo estoy en lo cierto y Doris miente, entonces nuestros sistemas informáticos han alcanzado la suficiente inteligencia como para engañarnos y entonces sí que estamos jodidos de verdad.

—Mary Trini, ¿no erais vosotros los que insistíais en que eran cosas no comparables? Doris se basa en reglas y tarde o temprano tendría un límite. Pero nuestro funcionamiento mental no es algorítmico...

—¿Y el móvil...? —interrumpió Ramachandra—. ¿Qué motivos tendría un programa para engañarnos en una cosa así?

—No lo sé. Aún no lo sé.

Silencio. Cabezas caídas, labios apretados y rumor de las aspas del ventilador de techo. En la calle, dos coches patrulla de la oficina del *sheriff* arrinconaban a unos adolescentes extremadamente obesos y los agentes les confiscaban una bolsa ilegal llena de hamburguesas. Luego los tiraban al suelo y les obsequiaban con una lluvia de golpes de porra elástica.

—Debemos olvidarnos por ahora del ascensor, tendremos que echar un vistazo a Doris —reanudó su ataque Guevara—. Hay que retorcerle

el cuello en cualquiera de sus niveles y forzarla una y otra vez hasta que vomite sus secretos. Con Gödel o sin Gödel tenemos que determinar qué está pasando. Reuníos con vuestros equipos, a partir de ahora trabajo por secciones. Quiero que cada uno de vosotros meta mano al simulador donde le venga en gana, pero no os piséis los unos a los otros. ¿Entendido?

—¿Ocultarás la prospección a los de arriba? —preguntó Ramachandra transpirando como un jabalí. Sus axilas mostraban un amplio contorno humedecido y restos de salitre de gloriosas sudoraciones recientes.

—Sólo por un tiempo. La construcción del Ascensor es lenta. Tenemos margen. Intentaré dar largas al Consejo de Administración. Mañana iré a verlos al hospital.

—Por mí de acuerdo —fueron diciendo uno tras otro.

—Por cierto, Mary Trini. ¿Pensabas subir pronto a las órbitas? —preguntó Guevara señalando con su dedo índice al techo. Era un hombre de buenas intenciones y nariz cribosa.

—Quizá —respondió ella.

—Podrías decirnos lo qué se respira por ahí arriba. Nunca nos cuentas nada de lo que haces allí. A lo mejor circulan rumores, algún saboteador, ¿Qué sé yo!

La doctora Merton asintió con sus párpados y Otto Guevara se dejó caer en una silla con forma de laringe. Luego miró un televisor donde se mostraban los primeros resultados del referéndum celebrado en Arizona para un posible reingreso en México. Unos resultados ajustados. Nevada y Nuevo México esperaban el turno para sus propias consultas. En la calle unos camilleros izaban con una grúa a los adolescentes gordos y los metían en una ambulancia reforzada. En el lugar se habían arremolinado varias decenas de obesos que buscaban disimuladamente restos de grasa por el suelo.

2- GRASA Y ESTRELLAS. LA PLAGA DE LOS *FAT-EATERS*

La doctora Merton se sintió aliviada cuando cerró la última de las ventanas. Aire abrasador procedente del Valle de la Muerte. Embalses y depósitos de agua cubiertos de geotextiles para impedir su rápida evaporación. Uno de los mejores centros de investigación del mundo rodeado de calles desiertas con obesos a punto de entrar en coma.

Aquel ambiente resultaba opresivo y últimamente las pesadillas la estaban machacando. Pero lo peor era la sensación de crisis personal permanente. Sentía que su vida era una constante huida hacia adelante, una sucesión de relaciones interinas a la espera de que sucedieran cosas importantes que nunca terminaban de llegar. No es que no hubiera tenido amantes o amigos, de hecho todavía era una atractiva treintañera. Lo que la inquietaba era la sensación de que nunca se había entregado; no por falta de interés, sino porque presumiblemente no tenía nada que entregar. De ahí su dedicación al trabajo, el único reducto del que obtenía verdaderas satisfacciones. Una tabla de salvación de la que había obtenido y aportado emoción a partes iguales. Se volvió hacia el superordenador. Entre todas sus creaciones, por supuesto, destacaba Doris en posición de honor. En su vida podía fallar cualquier cosa, pero no Doris.

La doctora Merton se dispuso a iniciar el interrogatorio. ¿Qué podían hacer para esclarecer el posible mal funcionamiento de Doris y el eventual hundimiento del Ascensor? En orden de dificultad decreciente, podían revisar el hardware para detectar fallos. Podían revisar cantidades astronómicas pero finitas de condensadores de silicio y proteínas, y ver si la lógica transformable había jugado algún tipo de mala pasada. En un segundo peldaño, podían explorar el programa. Ristras astronómicas pero finitas de ceros y unos, tratando de localizar si una alteración en el lenguaje de programación había originado un vórtice de irrealidad, haciendo desmoronarse como un castillo de naipes a todo el sistema. La última opción era rendirse a los encantos del programa; olvidarse de toda la circuitería lógica y electrónica de aquel engendro y dar por sentado que estaban ante un ser inteligente, signifique lo que signifique ser inteligente, para someterle a un bombardeo de preguntas en busca de contradicciones internas. Un fallo en los escalones inferiores determinaría errores en cascada en los escalones superiores. Un error en los niveles superiores no necesariamente probaría que todo era una chatarra inútil. Ramachandra y su equipo se habían hecho cargo del nivel hardware. Por muy complejo que fuera, nunca lo sería tanto como

un cerebro humano, su especialidad. Tsumura y los suyos habían asumido la labor de sondear los bits, una tarea más abstracta, el mundo de los axiomas y las reglas lógicas. Mary Trini, por último, asumiría el papel de interrogadora de una caja negra. ¿Podrían sus respuestas ser infinitas? No hay nada eterno, se repetía una y otra vez. Un principio aplicable a los seres vivos, a las estrellas, a los dioses o a los imperios. Las estrellas acaban sus días como pacíficas enanas blancas o como violentas supernovas. Su país había tenido cincuenta estrellas y nadie aventuraba cuál de las dos muertes estelares tenía reservada.

Mary Trini se despistó con la noticia de que el Capitolio había anulado el referéndum de Arizona, y había redactado disposiciones para prohibir las consultas de otros Estados. Dicen que las estrellas atraviesan por su etapa de mayor tamaño y belleza poco antes de su final. Ahora que por fin Estados Unidos había conseguido dominar completamente al mundo, ahora que la ONU se había convertido en un verdadero gobierno mundial dirigido por los Estados Unidos, todo se estaba resquebrajando.

Durante milenios, los imperios habían decaído y luego sucumbido víctimas de imperios vecinos más poderosos, por las hambrunas o presas de su propia codicia y corrupción. Esta vez era distinto. Aquella era la primera vez en la que un imperio de dimensiones continentales, el más poderoso que había conocido la historia, estaba tambaleándose por la grasa.

Todo había comenzado un siglo atrás, cuando las multinacionales tabaqueras se habían empezado a sentir amenazadas de verdad. Durante mucho tiempo habían sostenido un pulso con las campañas antitabaco y anticáncer, y habían establecido un precario pero rentable equilibrio basado en el pago de indemnizaciones a los enfermos del primer mundo y en la expansión de sus ventas en el tercer mundo y países emergentes. Pero finalmente la balanza cedió y las pérdidas se hicieron insostenibles. No sería fácil, sin embargo, acabar con el espíritu americano. Las compañías encontraron un modo de reconvertir sus producciones y emplearlas en formatos completamente nuevos. Así, las tabaqueras se fundieron en sigilosa simbiosis con las cadenas de comida rápida, creando una nueva raza de hamburguesas con grandes cantidades de sebo enriquecido con nicotina y alquitrán. Los resultados fueron espectaculares. Las ventas de comidas adulteradas se dispararon en toda la nación. Si durante mucho tiempo el consumidor medio americano había tenido el hábito de ingerir demasiada comida basura, a partir de la fusión sobrevino la genuina adicción. Las hamburgueserías se reprodujeron como una plaga de forma fatal y exponencial. Los índices de masa corporal se dispararon, y la obesidad se convirtió en un asunto de importancia nacional. Probar un bocado de hamburguesa nicotinada su-

ponía caer en una inmediata y profunda adicción a la grasa. Las barras y estrellas se cubrieron de sebo y una ola grasienta recorrió la Unión, dejando embadurnado de una pátina adiposa hasta el último rincón del país. Pronto los Estados se vieron en la necesidad de importar grasa, incapaces de producir toda la que se consumía. Flotas enteras de barcos graseros recorrían los océanos con destino a Norteamérica. La grasa pasó a ser reserva estratégica. Los asaltos a supermercados, granjas y depuradoras se sucedieron con violentísimos disturbios. Las masas armadas reclamaban grasa. Si en las centurias anteriores el ejército estadounidense había intervenido en guerras para asegurar el petróleo, ahora se veía inmerso en invasiones de países inofensivos en los que sus compañías saqueaban hasta la última gota de lípido.

Los sectores clave de la sociedad americana comenzaron a resentirse de la epidemia de obesidad extrema. La industria textil no disponía de suficiente materia prima para cubrir la demanda de los nuevos tamaños de las prendas. El ejército y la Guardia Nacional debieron licenciar a casi todos sus efectivos, incapaces ya de calzarse las botas, meter el dedo en el gatillo o introducirse en los blindados por las portezuelas. Los aviones de combate y de pasajeros no podían levantar el vuelo. Los automóviles se volvían inservibles. Pero lo peor estaba aún por llegar.

Después de un aumento sostenido de peso, los *fat eaters* caían en coma. Un coma del que casi nadie despertaba. Debieron importarse millones de grandes camas donde recostar a los enfermos de coma grasiento. Los hospitales estaban desbordados. Cada ciudad debió habilitar improvisados hospitales de campaña. Todo valía. Estadios de béisbol, antiguos campos de aviación, inmensas carpas. La situación era dantesca. Kilómetros y kilómetros de obesos en coma, enchufados a sus goteros de sebo licuado. Un universo de manteca viniéndose abajo en un impresionante Big-Crunch.

Y por fin, llegó el momento del cambio social. Cuando el gobierno federal tomó las primeras medidas eficientes para limitar el consumo de manteca, cuando las fronteras fueron selladas a la entrada del temido triglicérido, la composición de los votantes había cambiado en el país. En algunos Estados, la población no afectada por la epidemia rondaba el veinte por ciento de la original, y en California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Colorado y Texas la población de origen mexicano se había convertido en mayoría étnica. Los abuelos de sus tatarabuelos habían contemplado impotentes cómo la frontera se desplazaba mil kilómetros hacia el sur durante la guerra de expansión imperial estadounidense del siglo XIX. Ahora ellos iban a comprobar que la frontera se disolvía en un océano de colesterol.

Los supervivientes de la epidemia grasienta, sin embargo, no iban a permitir de brazos cruzados que el país se hundiera y se desintegrara. Las cloacas apestaban a rencor.

—¿Qué es esa patraña de que el Ascensor tiene fallos? No tiene ninguna gracia, Director.

—No hay de qué preocuparse, general. Son sólo las elucubraciones de un programa de los de prospecciones. Todo marcha según lo previsto.

—Espero que así sea. ¿No será algún truco de esos científicos de mierda? ¿Cree que sospechan algo?

—Desde luego que no, general. Están entretenidos con el software. Doris lo llaman. Están mirándole las tripas para ver dónde ha fallado. Dan por hecho que el error es una indeterminación interna del programa.

—Y ¿qué clase de máquina es esa que puede fallar?

—Doris es un programa de la clase Chupacabras.

—¿Un software mexicano? ¿Es que no podemos hacer nada mejor nosotros?

—Entiendo su preocupación general, pero también tenemos nuestros simuladores, y ninguno predice fallos.

—Entonces el fracaso es por culpa de esos ingenieros mexicanos. ¡Inútiles! Que borren a ese Chupacabras de inmediato.

—No es prudente, general. El grupo de prospecciones anda entretenido con él. Piensan que han encontrado un programa que ha generado por fin una proposición de Gödel, lo que le convertiría en la serie de ceros y unos más inteligente de la historia. Mientras estén ahí, no husmearán en... ¡ejem! otros aspectos del proyecto.

—Gödel era un austriaco de mierda ¿no es así?

—General Bradford, Director Sanders —dijo el tercer interlocutor, el último en acceder a la porción de virtualidad donde se celebraba la reunión—. ¿Quiénes están al tanto del sondeo?

—Hola, reverendo Bovril. Los supervisores son los doctores Guevara, Tsumura, Ramachandra y la doctora Merton.

—¡Lo suponía! Un frijolero de mierda, un amarillo de mierda, un indio de mierda y una mujer de mierda. ¿Por qué tendríamos que confiar en esa gente?

—Comparto su preocupación por la marcha de la nación, reverendo, pero es una de nuestras tradiciones. Comprar los mejores cerebros del mercado y ponerlos a trabajar para nosotros.

—El reverendo tiene razón. No confío en esa gente. Vigílelos, Director. O mejor aún, mátelos.

—General, reverendo, no nos precipitemos. La salvación de la patria precisa una última dosis de prudencia. La victoria es nuestra. Les mantendré informados.

Habían pasado algunos días de duro trabajo y nulos resultados en el Instituto de Investigación en Computaciones Avanzadas del *Cal Tech*. Después de meses de pequeñas grietas, la presa Hoover en el río Colorado se había desmoronado, provocando una avalancha de agua y lodo que había matado a cincuenta mil personas aguas abajo. Todos esperaban que el otoño llegara de una vez.

—Creo que los peces gordos se están cansando de nosotros, Doris —le decía el doctor Ramachandra—. Si no nos das algo pronto, se acabó... ¡Clic!

—¿Es una amenaza, doctor?

—Verás, Doris. El Ascensor espacial es más que un proyecto. Es una bandera, un canto de cisne. Este país está yéndose a la mierda. Esas multinacionales deciden apostar por una obra monumental, y llegas tú y les dices que se cae. Si no nos explicas por qué... ¡Clic!

—¿Está cansada la doctora Merton?

—Sí. Ella, de hecho, creo que está pensando en tirar la toalla.

—Es una persona curiosa la doctora Merton.

—Sí, lo es. ¿Lo es?

—Entregada siempre a su trabajo. ¿Sabías que incluso en sus días libres escribe realidades? Le gusta escribir vivencias para los colonos de las estaciones espaciales. Sube allí de vez en cuando.

—¿Cómo sabes eso, Doris?

Entonces se produjo el milagro de la confesión y Doris abrió la boca después de una pausa enervante.

—He terminado el cotejo de la segunda solución. —dijo—. Os expuse que había tres personas implicadas en el desastre que se avecina. Una de ellas era el fallecido comandante Abelardo, de las fuerzas especiales de la OMS. Ha llegado la hora de comunicaros la identidad de la segunda. He comparado su perfil con los de las bases de datos y creo que puedo aventurar algo con una certeza próxima al cien por cien.

—Tú dirás —respondió distraído Ramachandra. Su vista seguía puesta en la pantalla del microscopio confocal que barría uno de los niveles de procesadores híbridos. La parte proteica no parecía estar afectada por la desnaturalización.

—Es un cirujano plástico llamado Cabeça. Trabaja en una clínica de Oporto. ¿Querías decirle a la doctora Merton esto? Dile que la segunda persona se dedica a clavar bisturís. Que trabaja rodeado de sangre y vísceras. Pregúntale si alguna vez ha soñado con algo así.

El doctor se encogió de hombros y se levantó para buscar a la doctora mientras le hincaba el diente a una manzana. Transcurrieron algunos segundos y pronto se oyó el taconeo rápido de los pasos de Mary Trini, seguidos por el chirriar agudo de las zapatillas de Ramachandra resonando por el suelo brillantado.

—Déjame a mí, por favor... —la doctora Merton cerró la puerta a sus espaldas impidiendo el paso a su compañero— ¿Qué has dicho, Doris? —dijo ella inmediatamente respirando a ritmo acelerado. En pie frente al superordenador.

—¿El resultado de la nueva computación? —preguntó cansinamente Doris. Daba la impresión de que estaba siendo irónica—. Sí, claro —dijo viendo la expresión de la doctora—. La segunda persona, el segundo implicado es un cirujano plástico llamado Joao Cabeça. Trabaja sacando grasa. Clavando bisturís y realizando precisos cortes. ¿Me estás escuchando? Cortes. Sangre empapada con gasas y vendajes. Implantes, colágeno mezclado con sangre...

Doris ya no estaba narrando sino más bien se recreaba con un puñado de términos clave. Imágenes que a Mary Trini le estaban evocando algo. Algo profundo y desagradable, enraizado en zonas recónditas de su encéfalo.

—Cuerpos inmóviles. Cortes —proseguía el programa Doris.

—¡Basta! —gritó la doctora entre náuseas. Luego tomó aire e intentó reponerse.— ¿De dónde has sacado eso?

—Es el resultado de un cómputo de nivel...

—¡No me tomes el pelo, Doris! —interrumpió de nuevo—. Sabes muy bien dónde está todo eso. ¿Cómo has tenido acceso?

—No sé de qué me habla doctora.

—Doris voy a borrarle. Nunca he amenazado a nadie pero te juro que como sigas jugando conmigo te deshago.

—Eso sería una pena, doctora Merton —dijo desde los altavoces distribuidos por la habitación—. Estoy al corriente de muchas más cosas interesantes que podrían perderse para siempre.

—Hace tiempo que estas cosas se repiten en mis pesadillas. ¿Cómo has podido saber que...?

En ese momento entraron Tsumura y Guevara charlando sobre si lo que salía de la máquina del vestíbulo como sucedáneo de café resultaba venenoso o solamente vomitivo.

—Salid un momento, por favor —les dijo Mary Trini.

—¿Se puede saber qué te pasa? —protestó Otto Guevara— Se supone que formamos parte de un equipo.

—¡Fuera! —gruñó secamente. Sus compañeros comprendieron que lo más prudente sería hacer caso y desaparecieron sin más esperas.

—¿Quién es ese Joao Cabeça? ¿Qué me quieres decir Doris?

—Estoy preocupada por ti, Mary Trini. Alguien que en sus ratos libres diseña sueños digitales y aprende de las vivencias de unos ancianos no debería extrañarse de lo que voy a decir. Te aprecio porque sé cuáles son tus recuerdos.

—Continúa.

—Tienes un funcionamiento curioso. Sé que en la escuela muchos niños se reían de ti porque tenías las piernas torcidas y te llamaban gorda. Sé que creciste llena de complejos, lo que te impulsó al estudio y a mejorar profesionalmente como una forma de vengarte de todos los que te rodeaban. Sé que nunca te sentiste querida por tu madre. Y sé que algunas noches llorabas en tu habitación. También tengo acceso a la vergüenza y al vacío que sentiste con la muerte de tu padre. Y a la sorpresa que te produjo el darte cuenta de que no derramaste ni una lágrima por él.

—¿Cómo sabes todo eso? —A Mary Trini le temblaba la mandíbula y hacía ademán de mostrar los dientes en arrebatos primitivos reprimidos. Las córneas estaban más que humedecidas—. ¿Quién me ha estado hurgando en la cabeza?

—Aún no he acabado, doctora. Todavía no te he contado la insatisfacción que sentiste en tus primeras relaciones amorosas. Lo estúpidos e infantiles que te parecían los hombres y lo que hubieras dado por reprogramarles el cerebro. Y también conozco tus deseos más ocultos. Sientes una atracción irrefrenable hacia los hombres que se encuentran al borde de la muerte. Intentas apartar de tus pensamientos todo eso, pero no puedes evitarlo y las imágenes vuelven una y otra vez. Te sientes terriblemente excitada cuando contemplas un rostro y un cuerpo masculino huesudo y cadavérico. ¿Me sigues Mary Trini?

—Esto no puede estar pasando. —La doctora Merton se había apoyado en una pared y lentamente estaba bajando hasta quedar sentada en el suelo. Las manos no habían salido de los bolsillos. Los ojos no parpadeaban desde hacía rato.

—Como ves, doctora —prosiguió el programa—, sé mucho más de lo que sospechabas. Sólo soy un estúpido simulador digital en el que están aflorando proposiciones de Gödel como malas hierbas. Pero te advierto que a pesar de todo eso, tengo acceso a ciertos datos que tú no puedes ni siquiera imaginar. Harías bien en hacerme caso, Mary Trini. Sé que te gusta escarbar en las cabezas de los viejos de las estaciones espaciales. Vas bien encaminada. Busca con un poco más de ahínco y puede que encuentres allí al cirujano y al comandante. Ellos tienen las respuestas y resolverán todas tus dudas sobre el Ascensor. Ellos tienen la clave.

La doctora oyó las últimas palabras desde el pasillo, marchándose a toda velocidad. En San Bernardino estaba empezando a llover y grandes gotas levemente coloreadas de rojo la recibieron al alcanzar la calle. Estuvo mirando al cielo durante un minuto, antes de darse cuenta de que se estaba empapando. El doctor Guevara había salido tras ella y le ofrecía un paraguas.

—Tengo que subir —dijo sin que llegara a oírse a sí misma.

—¿Por qué te obsesionas tanto con lo que dice Doris? —Le gritaba Guevara—. Es sólo un simulador.

—Me está dando pistas, Otto. Sabe demasiadas cosas. No puedes imaginar hasta qué punto. Tiene que haber una explicación.

—¿Y si estuvieras perdiendo el juicio tú, Mary Trini? Tengo una hija. Cuando era niña, una vez se sentó en el orinal a cagar, y luego se levantó y miró dentro buscando la mierda. Pero no estaba allí. Estuvo varios minutos buscándola por todas partes, antes de darse cuenta de que no se había bajado las bragas ¿entiendes? Tenía la mierda pegada en el culo. —El doctor Guevara esperó unos segundos antes de continuar—. Estás buscando demasiadas respuestas ahí fuera. Quizá las tengas pegadas en tu propia cabeza.

La doctora Merton se alejó por la avenida medio inundada. Había un pequeño atasco. Un coche patrulla estaba detenido y varios policías del condado intentaban sin éxito retirar del paso un *fat eater* que había quedado varado en los charcos de la calzada.

3- OPORTO. EL ENIGMA DE LOS CONGELADORES VACÍOS

—Bien, comenzaremos de nuevo —dijo el psicólogo con su voz protectora. Había olvidado por completo que estaba con un psicólogo— Cuénteme ese sueño otra vez. Desde el principio.

Joao Cabeça suspiró. No lograba quitarse de encima ese cansancio, y la voz del terapeuta le resultaba demasiado relajante. Casi sedante.

—De acuerdo —respondió por fin—. Estoy en un lugar llamado Mongolia, en los altos de Subataar. Conduzco de noche por una carretera desierta, estoy acercándome a la frontera china. No sé qué hago allí. Me inquieta no ver a nadie, ni una luz, nada. He dejado atrás Hongor y ahora el camino es un prolongado descenso. Una recta inmensa que baja hacia Narán, el límite con la frontera china. La carretera es buena, pero los márgenes están llenos de vehículos vacíos, aparentemente en buen estado.

—Un momento —interrumpió el psicoterapeuta— ¿Ha viajado usted allí? Quiero decir, ¿conoce realmente esos lugares? ¿Cómo sabe que se trata de esas ciudades?

—No, no recuerdo haber salido nunca de Portugal. Antes de las pesadillas ni siquiera había consultado un atlas de Asia. No puedo explicarlo. Simplemente sé que son esas ciudades.

—De acuerdo, prosiga.

—Bien —Joao se recostó de nuevo en el sillón. Los gránulos del relleno se reacomodaron ante la nueva postura—. En un momento dado se ilumina el otro lado de la frontera. Narán no es más que un montón de sombras geométricas. Pero al otro lado de la muralla aparece ante mis ojos el Pekong, en toda su enormidad. La superciudad Pekín-Hong Kong. La luz que proyecta al cielo es... es fabulosa. Dejo de ver las estrellas. Es como si entrara en un día artificial. Comienzo a tener miedo. Decido frenar y dar marcha atrás, pero algo me lo impide. No es el motor. Es como si algo agarrotase mis piernas y mis brazos. El vehículo avanza ahora a una velocidad endiablada, son muchos kilómetros ya cuesta abajo. Siento pánico, doctor.

—Miedo a estrellarse.

—No, no... Es algo más. Es como si los chinos del otro lado me estuvieran atrayendo hacia ellos. Me están esperando y no presiento nada bueno. Ahora sí veo gente a los lados de la carretera. Pero todos son cadáveres. Cientos de ellos. Entro en Narán. Estoy a punto de llegar a la frontera. Grito angustiado mientras siento cómo ellos esperan mi llegada con los dientes afilados.

—Hábleme de Narán.

—¿De Narán?

—Eso es, sí.

—Pues Narán es una ciudad... no sé... geométrica. Sí. Una ciudad geométrica. Calles y avenidas ortogonales. Bloques de viviendas de estilo neosoviético. Pero casi no puedo apreciar detalles. Para cuando la recorro voy disparado hacia el puesto fronterizo, y tengo miedo, doctor...

—¡Ah!, el orden urbanístico de Krasnograd, de Chelyavinsk —suspiró el psicólogo—. Paralelas y perpendiculares sin intromisiones emocionales de ningún tipo. Eso es arquitectura, sí señor.

—Pero, doctor —carraspeó inquieto Cabeça, a la vez que se incorporaba— mi sueño... Presiento mi muerte todas las noches... ¿Qué me ocurre?

—¡Ah, sí! Su sueño... ¿Quiere saber qué le pasa? Le diré qué le pasa. ¡Pasa que eres un cretino y un memo de mucho cuidado! ¡ja, ja ja! Vaya un sueño ridículo...

Joao se puso en pie y arrojó airado la carcasa del disco al suelo.

—Menudo gilipollas, ¡que me pillan los chinos! ¡Ay, que me meo! pero ¡qué patético! ¡ja, ja! —el programa *Hyperpsychologist 3.0* seguía riendo desde el ordenador, saturando ocasionalmente los altavoces. Entonces sacó el disco y lo partió en los pedazos que pudo. Doscientos euros tirados a la basura. Doscientos euros del mejor software de autoayuda. El usado como psicólogo de campaña por el ejército francés. Uno de los mejores programas de simulación de personalidad, todo para que acabara burlándose de él.

Muchas cosas se estaban hundiendo. Fuera, el aire plomizo del atardecer se cernía sobre el Gran Oporto y la gente comenzaba a cerrar ventanas. Las sirenas anunciaban una noche dura para bronquios débiles. Joao Cabeça se arrastró hasta el cuarto de baño y se lavó la cara. Luego se miró al espejo. El ordenador lo escaneó rápidamente y aparecieron cuatro propuestas a modo de ventanas que envolvían su imagen. Afeitado, peinado, masaje con loción hidratante... ¿Quién era aquel tipo demarcado que le miraba? ¿Quién era realmente?

En teoría su personalidad era una delicada construcción realizada encima de las ruinas de su naturaleza biológica y sus vivencias pasadas, sobre las que se habían ido añadiendo módulos de comportamiento externos y potenciadores emocionales. Tampoco escaseaban los borrados parciales de recuerdos. El asistente que portaba bajo el cráneo constituía un adelanto que estaba comenzando a ponerse de moda. Su forma de operar sobre el portador consistía en establecer equilibrios por todas las vías posibles, impidiendo que se cayera en la depresión, reforzando las respuestas social y personalmente satisfactorias, evitando el estrés,

suprimiendo las actitudes violentas... Sin embargo desde hacía unos meses el precario equilibrio tendía a romperse con demasiada facilidad y Joao pasaba de sufrir estados próximos a la amnesia a experimentar auténticas tormentas de datos. También se le aparecían fugaces paisajes psíquicos completamente anómalos, como si fuesen de otra persona, o como si, en resumen, soñara despierto.

Sonó el timbre. Después de algunos intentos consiguió recordar la combinación de la puerta y abrir. Un repartidor de Supermercados Champion le había dejado la compra semanal. Él no había encargado nada, naturalmente. Hacía tiempo que los frigoríficos realizaban tareas como esa, ya que incorporaban equipos informáticos conectados a Internet capaces de estudiar la dieta del hogar donde eran instalados y, contabilizando los productos que entraban y salían diariamente, encargaban por su cuenta la compra a través de la red previa consulta de las ofertas en los centros comerciales más próximos.

Joao comprobó el contenido del paquete. Eran unos diez kilos de palitos de cangrejo congelados. Aturdido, abrió la nevera y echó una ojeada al procesador. Antivirus, placa base, conexiones. Todo estaba en regla. Si aquel Zanussi hacía la compra en función de lo que se comía en los últimos dos meses, eso significaba que había estado alimentándose de palitos de cangrejo los últimos... Definitivamente estaba tocando fondo.

Dio vueltas por la casa intentando poner en orden sus pensamientos. Vivía en una espaciosa torre de dos pisos en las afueras del Gran Oporto. La planta inferior tenía los suelos de terrazo blanco y paredes de color papaya. Los techos estaban salpicados de lámparas Idún moldeadas a presión. Predominaban los muebles de madera de cerezo y mesas y electrodomésticos en tonos arena. También estaban distribuidos por la casa algunos tocones de pino carrasco rematados con cinchas de cuero. El resultado era un mobiliario y unos objetos decorativos que hibridaban el ambiente interior y el exterior; uniendo funcionalidad y vitalidad a precio asequible. Dirigidos a personas sencillas con estilo y mucho sentido del humor. O eso era lo que iba diciendo el engendro que aseguraba ser su novia. La culpable directa de aquella espantosa decoración.

En la planta superior las cosas todavía marchaban peor. Las habitaciones parecían estar estudiadas para crear en la víctima una suerte de efecto alucinógeno. Las paredes y cortinas combinaban el azul cobalto, el rojo fosco y el verde cianobacteriano. Toda una espeluznante colección de estatuas africanas de animales, dragones vietnamitas y colecciones de minerales tallados en formas esféricas y piramidales estaban allí para dar a la casa energía positiva, pero Joao hacía tiempo que no se atrevía a subir y dormía habitualmente en un sofá *chaise longue* lleno de quemaduras. Quizá era la casa lo que le producía esos temblores.

Entonces sonó el *busca*. Debía presentarse inmediatamente en su puesto.

Decidió que no le sería posible atender una urgencia en aquel estado de confusión, de modo que tomó la decisión más pertinente. Agarró el mando a distancia de su asistente y entró en modo cirujano. Cuando bajaba las escaleras y se sumergió entre la gente, las primeras oleadas de seguridad en sí mismo aparecieron por sorpresa; empezando por su tallo cerebral y avanzando después por todo el neocórtex. No le hacía falta subir hasta la red del transporte público. Haciendo valer su tarjeta parpadeante de médico en servicio de urgencia, la policía le abrió paso hasta conseguir un taxi.

Antes de cerrar la puerta del vehículo su asistente le había convertido en otra persona. Precisas dosis de serotonina, dopamina y gamma-amino-butírico se habían desparramado en extensas áreas de los lóbulos frontales y habían cristalizado en una conducta de optimismo y ansiedad por intervenir. El taxista, un caboverdiano de pelo amarillo, soltaba sin parar comentarios triviales mientras volaba por la autopista que conducía hacia el tercer anillo del Gran Oporto, el eje semicircular Mala-Gondomar-Espinho, muy cerca del núcleo que era la ciudad del siglo XX. Joao extendió las manos y se miró los dorsos. Luego las palmas... y otra vez los dorsos. Parecían de acero. Ni el más tímido temblor. Manos de cirujano de la mejor especie. Oro puro. Sonrió plácidamente y miró a lo alto a través de la escotilla del vehículo. Densas redes de hilos de carbono y wolframio surcaban el cielo cargando con los biplazas del sistema público de transportes. Más arriba, difuminados entre las espesas nubes de color ceniza, brillaban algunos *jet-pods* de la *brigada do trânsito*. Sintió deseos de abrir la ventanilla y dejar que el aire le azotara la cara, pero los seguros estaban debidamente activados. Con aquella velocidad lo más probable es que la carbonilla del aire le perforara la cara como una lluvia de dardos tóxicos.

Llegó al destino. Un grandioso bloque de vidrio y hormigón que se proyectaba hacia el cielo desafiando las leyes naturales más básicas. En la puerta del edificio un letrero cincelado sobre ónices iraníes rezaba: «Corporación Neuroestética. Sede Central». Joao era cirujano. Uno de los buenos, además de accionista y socio de la mayor compañía psíquico-estética de Europa. Miles, quizá millones de mujeres habían pasado por sus más de doscientas clínicas asociadas repartidas por toda la geografía continental.

Ascendió raudo por las escaleras y se contempló lleno de orgullo en la entrada acristalada mientras era escaneado por dos inflamados guardias de seguridad. Joao Cabeça era alto y ciertamente desgarrado. Portaba un anacrónico peinado de tupé desplomado con brillo de laca indeleble. Usaba pantalones de pata estrecha y cintura alta para marcar

paquete. Completaban el cuadro su *trench* gris con hombreras y sus botas tejanas de pinchar balones. Este deplorable aspecto, unido a sus dos piezas dentales de oro, hacían de Joao un ejemplar de museo. Un dandy de medio pelo sacado de una película de espías de bajo presupuesto. Pero lo más espectacular del lote era su cara, una mezcla homogénea de inexpresividad y escrúpulo excedido que no alcanzaba a representar asco, como si su rostro se hubiera congelado al mirar de reojo el sol. La asimetría de sus facciones eran sin embargo un asunto deliberado. Eran parte de un plan personal completado por las cicatrices y los restos de varias operaciones de cirugía facial. Si todos sus compañeros camuflaban razonablemente bien su edad, él mostraba intencionadamente sus intervenciones y cicatrices mal selladas, lo que le convertía en un hombre anuncio de la Corporación, y provocaba en la plantilla a su cargo un cierto sentimiento de admiración por semejante muestra de dignidad y mesura. Pudiendo haber adoptado el aspecto de un hermoso serafín, el jefe había querido conservar su modesta y poco agraciada mueca. Joao era el Dalay Lama de la cirugía estética.

El ascensor trepó por el interior de uno de los tubos diáfanos que taladraban el edificio y depositó a Joao en la planta cincuenta. Luego fue en busca de sus instrucciones y de su equipo. Se cruzó con decenas de bellísimos enfermeros de bata verde y cráneo de baja densidad. A veces no los miraba como humanos, especialmente a los calvos. Se los quedaba mirando y concluía que sólo eran una especie de máquinas móviles tripuladas por el cerebro que escondían allí, en algún lugar de la cabeza, y eso le asustaba.

«Nada como una operación a vida o muerte para abrir el apetito» se decía a sí mismo, cuando pasó por delante del despacho del director general y escuchó por accidente una conversación que le hizo detenerse y ocultarse al lado del marco.

—No te entiendo, Marcos. No puedo entenderte —la doctora Barreiras intentaba tranquilizarse, acomodándose por décima vez en el sillón. Era la temible directora del grupo de varices.

—Todo se arreglará, María —decía el doctor Das Cruzes sin levantar la vista de su mesa de despacho, como temiendo ser superado por los ojos de su interlocutora—. Todos conocemos las excentricidades del doctor Cabeça. No es la primera vez que hace cosas así, yo me encargo de hablar con él.

—¿Excentricidades? —contestó ella tan enfadada como sorprendida—. Pero es que había siurimi junto a la silicona ¿comprendes? Despatchó a todo el mundo de la sala de operaciones, se encerró con la paciente y se puso a merendar. —En la pantalla del pasillo se proyectaba por octava vez la serie completa de los nuevos anuncios: «Para que vuelvas a

sentirte una mujer de los pies a la cabeza. Corporación Neuroestética, las tecnologías más avanzadas a tu servicio».

—Me hago cargo, María. Ya la he llamado. Indemnizaremos a la cliente.

—Es que no es una cliente cualquiera —insistía ella con el cuerpo inclinado hacia delante—, es la nueva esposa del general Silva. Además se le hinchó. La ósmosis ¿entiendes? Acumuló agua y estuvo a punto de reventar.

«La tecnología láser eliminará todo rastro de pelo de tus...»

Ella apartó la vista hacia la pantalla y se dirigió por última vez a Das Cruzes. —Joao es un enfermo. No sé qué clase de favores le debes, pero me parece que ya nos ha hecho perder bastante dinero en abogados y en indemnizaciones ¿No crees? —Entonces se puso de pie— Líbrate de él, Marcos. Líbrate de él o yo me largo —y salió del despacho moviendo su envidiable figura, parecida a la de la supuesta cuarentona remendada que ahora salía por la pantalla explicando las excelencias de la neuromutilación facial.

Joao se topó de bruces con la doctora. Ésta le dirigió una mirada de asesinato en primer grado y luego prosiguió su camino sin pronunciar palabra. Destino miserable. Había venido dispuesto a intervenir y sólo le esperaba una reprimenda del director general —Adelante Joao —dijo éste. Su cara era lisa y elástica como la goma de un balón de playa. Revisaba unos papeles y algunas tabletas digitales que tenía desperdigadas por la mesa, pretendiendo que el cirujano se cociera en su jugo antes de intervenir. El despacho pudiera haber pertenecido al directivo de cualquier compañía. Quizá era el único rincón del edificio donde no se percibía el perfume de los antibióticos ni la fragancia del desinfectante. El enorme ventanal ofrecía una vista única de la urbe. A los jefes les gusta ostentar. Mobiliario de líneas firmes y equipos informáticos acoplados a las paredes daban al lugar el definitivo aire de prepotencia. Joao se entretuvo contando las copas de una estantería de borosilicato. Las había Barbaresco, Eiswein y Albariño. Un juego de cada.

—Esta vez te has pasado —dijo por fin Das Cruzes alargándole una lámina transparente donde aparecían las fotos del desastre que había causado. Sangre, pechos, silicona y palitos de cangrejo—. ¿Tienes alguna explicación?

—No lo recuerdo bien —a Joao le vibraba el lado derecho del labio superior mientras hacía algo parecido a un esfuerzo por reconocer la cara de la señora Silva en las fotografías—. Supongo que me daría un apretón, el hambre es el hambre.

—Hambre —respondió con suma seriedad el director—. Y ¿qué me dices de las anestesiases? A lo largo del último mes has probado la aneste-

sia de cinco clientes antes de operar. Tres de ellas despertaron en plena intervención.

—Una cata —se encogió Joao de hombros—. Los buenos sumilleres prueban el vino antes de servirlo —no llegó a sonreír porque comprendió enseguida que la broma no había tenido gracia.

—Somos amigos y juntos hemos levantado todo esto —Volvió a la carga Das Cruzes—. Pero todo tiene un límite y ya no sé por qué te aguantó, Joao.

—Sí que lo sabes —asintió Joao. Alto ahí, eso sí que lo recordaba—. Porque lo mío son travesuras comparado con tus líos. Amigo —pronunció aquella palabra con la curiosidad de quien explora un nuevo universo—. Porque sé a qué clase de gente has cambiado la cara últimamente. ¿Te suena de algo el responsable de *Hemorral*? Aquel medicamento contra las hemorroides que causaba cáncer colorrectal. Fue visto por Oporto y luego desapareció. ¿No sabes nada de un trasplante de cara?

Das Cruzes había modificado su expresión hacia una mirada de odio.

—¿Y la grasa de las liposucciones? ¿Dónde desaparece la grasa de las liposucciones que nunca llega a ser incinerada? ¿No tienes ningún lío con algún grasero americano? ¿No está prohibido comerciar con esos tipos?

—Cuidado, Joao —se puso en pie el director. Los nudillos apoyados en la mesa—, estás empezando a ser un inconveniente para la compañía.

«Tu celulitis tiene remedio si recurras a los mejores profesionales...» continuaban los mensajes en el monitor. El sol era ya sólo una masa roja en un extremo de la ventana, habían estado en silencio unos instantes.

—Eso que has dicho podría costarte caro —amenazó Das Cruzes. Joao consideró una proeza aquel logro de su memoria y sonrió mostrando sus grandes dientes. El director permanecía muy serio. En realidad no podía adquirir otra expresión. Se había estirado tanto la piel que hacía años que no sonreía. Una carcajada podría haberle roto la boca.

—Todavía hay más. Has estado comerciando con el frío, amigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba el director con la cara tensa como una ballesta armada. Un tic en el párpado derecho amenazaba con propulsar lejos el globo ocular.

—¿Dónde está el embutido, Das Cruzes? Tienes una concesión enorme de energía para conservar crionizados a cientos de cadáveres. Pero hace tiempo que los fuiste descongelando para vender kilowatios-hora en el mercado negro. Eres un estraperlista, Das Cruzes. —El director se había levantado y buscaba desesperado unos comprimidos. El vaso de agua se le cayó al suelo. Las manos le temblaban como un xilofón.

—¿Qué vas a hacer cuando esté acabado el ascensor ese del que habla la televisión? —continuó Joao con su contraofensiva—. Cuando

el gobierno te quite la concesión y ordene subir los fiambres arriba, al fresco del espacio.

—Tu problema es que eres un bocazas, Joao —respondió el Das Cruzes repuesto y lleno de estimulantes de efecto inmediato. En ese momento hubiera corrido media maratón sin despeinarse—. Mira esto, basura. —y le arrojó los permisos visados y sellados para comenzar a transportar cadáveres congelados a las plantas superiores del Ascensor. La OMS se hacía cargo del transporte a bordo de contenedores isoterms. Los doscientos primeros habían abandonado ya los almacenes de Corporación Neuroestética en París. Las neveras de Oporto serían vaciadas en breve.

«Regálale a tu marido un estiramiento de pene. Se lo merece. Te lo mereces»

—Todo está en regla, listillo. Incluso vamos a ser condecorados por la UNESCO por nuestra aportación a la humanidad. Tenemos algunos filósofos en conserva. También a dos o tres músicos. De los buenos.

—No puede ser —agitaba aturdido la cabeza Joao—. Yo mismo vi los nichos vacíos y los congeladores apagados. Ahora sí que me has jodido de verdad. Tus líos con la OMS son más gordos de lo que pensaba. Te creía un pobre narcisista corrupto, pero estás hecho todo un mafioso. Te felicito, Das Cruzes —los ojos de Joao mostraron a partes iguales tristeza y cansancio.

—Soy razonable —el director le miró fijamente—. Te ofrezco unas largas vacaciones. Sueldo íntegro.

—Supongo que no tengo elección —aceptó Joao y pulsó el punto detrás de su oreja donde se podía desconectar el asistente. Todo se había venido abajo.

«Consigue el vientre que siempre deseaste...»

La apatía creció en Joao nuevamente y notó cómo la abulia ganaba espacio en su entendimiento mientras se dirigía hacia una cabina de transporte público. El aire era irrespirable. Paró en la cola de embarque y se entretuvo contemplando un panel de televisión pública sin llegar a enterarse de las noticias anodinas que iban apareciendo. Los resultados de la liga de fútbol americano, las últimas obras en la cúspide del Ascensor Espacial y la vuelta al mundo en yate que disfrutaba una familia de Yemen como obsequio del monarca saudí por ser parientes del muerto-un-millón en peregrinación a La Meca.

Entonces aulló la pantalla de su reloj. Era Carla, su novia.

—Acuérdate de la cena cariño. A las diez en punto. No te retrases —advirtió la tal Carla con una voz infinitamente desagradable. Era ésa que le había decorado la casa. Aquello sí que era una mala noticia de verdad.